

tiano”: 56). Ello se explicaría por la peculiaridad del núcleo de esa tradición, que desde su principio no consiste en máximas sapienciales o hechos prodigiosos, sino en un acontecimiento que se ha verificado en la historia de Jesús de Nazaret.

Nuestra segunda anotación se refiere a la perspectiva sociológica que preside la interpretación de los evangelios. Guijarro no descuida la teología; al contrario, pone justamente de relieve la peculiaridad teológica de cada relato, aunque no dedique a esta cuestión secciones específicas. Pero subordina esta dimensión a los condicionamientos sociales de los evangelistas y las comunidades relacionadas con ellos. No cuestionamos la pertinencia de esta aproximación metodológica; pero hacer de ella la referencia primaria obliga inevitablemente a moverse en un mundo de hipótesis que condicionan la solidez de algunas conclusiones. Nos parece discutible, en particular, la presentación de la existencia cristiana como “marginal” y “alternativa” en su tiempo; por ejemplo, se presenta el sermón de la montaña como una propuesta “a un grupo que está en minoría tanto en el contexto inmediato del judaísmo fariseo, como en el más amplio del mundo del Imperio” (309). Si bien esta explicación no carece de fundamento, no nos parece que haga justicia a la propuesta que se desprende de estos relatos, una propuesta de alcance universal y que por tanto no habla de una marginalidad social, sino de una vida orientada a la excelencia.

La obra es densa pero muy bien escrita, con un estilo ágil que hace agradable su lectura. Las muy numerosas referencias bibliográficas no suponen un obstáculo para ello, ya que están agrupadas al comienzo de cada párrafo evitando así las notas al pie. También la edición es muy cuidada, tal y como nos tiene acostumbrados esta colección; algunos (pocos) errores que hemos detectado: p. 38 (debería decir “Mal 3, 22-24”); p. 161 (“p. 541-558”); p. 269 (“... y utilizaron Mateo y Lucas”); p. 329 (“jefes de los sacerdotes”); p. 330 (“Mt 27, 19”; “Mt 27, 62-66; 28, 11-15”); p. 520 (“el mundo del Imperio”).

Nos hallamos, en fin, ante una verdadera obra de madurez, llamada a incidir durante los próximos años, dentro y fuera de nuestras fronteras, en el debate académico acerca de los evangelios. No podemos sino congratularnos por la solidez de la propuesta y por la ayuda y estímulo que supone para la tarea, siempre inacabada, de adentrarse en el misterio del evangelio tetramorfo.

Luis Sánchez Navarro – Facultad de Teología San Dámaso. Jerte 10 – E-28005 Madrid

---

RICHARD I. PERVO, *THE MAKING OF PAUL. CONSTRUCTIONS OF THE APOSTLE IN EARLY CHRISTIANITY* (FORTRESS PRESS; MINNEAPOLIS 2010). xv + 376 pp. ISBN: 978-0-8006-9659-7. \$ 32,00.

La imagen que la Iglesia se hizo de Pablo no procede sólo de las cartas escritas por él. Este libro rastrea el proceso a través del cual se fue elaborando esa ima-

gen durante los dos primeros siglos del Cristianismo, examinando para ello un amplio y variado catálogo de textos relacionados con su figura y su obra. Es un trabajo de madurez, en el que el autor da cuenta de muchas lecturas y hace agudas observaciones sobre un tema que le ha ocupado durante casi cuarenta años.

Una amplia introducción glosa la importancia de la figura de Pablo para la historia del Cristianismo y el papel decisivo que ha desempeñado en la historia la imagen del apóstol forjada en los siglos I y II. Como punto de referencia para rastrear este proceso, se presentan los principales rasgos de dicha imagen: el apóstol y evangelizador; su conversión, pasión y muerte; el héroe, el portador de salvación, el maestro o el campeón de la unidad. Esta imagen de Pablo es, como la de Jesús, fruto de un largo proceso de tradición y recepción.

Bajo el sugerente título de “Pablo se convierte en un libro”, el primer capítulo estudia cómo se fue elaborando la colección de las cartas paulinas. Siguiendo una costumbre conocida, sus escritos ocasionales se reunieron para formar una nueva obra, cuya elaboración supuso un trabajo de selección y edición que convirtió a las cartas en un verdadero libro. El trabajo de edición, que se detalla con numerosos ejemplos, revela el propósito de hacerlas más universales para que fueran leídas por un amplio grupo de destinatarios. Aunque siguieron circulando de forma independiente, es muy probable que ya a finales del siglo I existiera una colección de dichas cartas elaborada en Éfeso. Gracias a ella, Pablo se convirtió en un libro y pudo hablar a todos con un mensaje más universal.

El capítulo segundo estudia las cartas paulinas pseudoepigráficas. Este grupo incluye algunas de las que formaban parte de la primera colección (Col, Ef, 2Tes), otras que más tarde se añadirían a ella (1-2 Tim y Tit) y otras que no llegarían a formar parte del canon, como la Tercera Carta a los Corintios, la Carta a los Laodicenses, o la tardía correspondencia entre Pablo y Séneca. Todas ellas revelan que la herencia del apóstol siguió viva entre sus seguidores. Aunque en estas cartas encontramos acentos diferentes, en ellas se van dibujando ya los trazos que caracterizarán a la imagen ortodoxa del apóstol. Quienes las compusieron se consideraron fieles seguidores suyos.

Los dos grupos de cartas estudiados en los capítulos precedentes no agotan el influjo de Pablo sobre el antiguo epistolario cristiano. Existen también otras cartas relacionadas con él que se estudian en el tercer capítulo del libro. Entre ellas hay algunas que transmiten una visión positiva de Pablo como la Carta a los Hebreos, que trata de situarle en el mundo culto de la exégesis; la Primera Carta de Pedro, que imita el estilo de las cartas paulinas para ensalzar la figura de Pedro, la Primera Carta de Clemente, en la que se invoca la autoridad de Pablo para orientar a la comunidad de Corinto, las cartas de Ignacio de Antioquía, en las que se invoca la autoridad del apóstol, o la más tardía Carta de Policarpo a los Filipenses, en la que el apóstol aparece como un maestro ortodoxo. Pero también hay otras en las que se polemiza con su doctrina (Sant) o se pone en guardia sobre la interpretación de sus cartas (2Pe).

El cuarto capítulo está dedicado a rastrear la imagen de Pablo en los relatos que hablan sobre él. El más influyente fue, sin duda, el libro de los Hechos de los

apóstoles, en el que la figura de Pablo se pone al servicio del interés lucano por justificar la misión a los gentiles. Los relatos posteriores reflejan un amplio espectro de visiones sobre Pablo. En los Hechos apócrifos aparece como el único apóstol (Hechos de Pablo), o como el fundador de la iglesia junto con Pedro (Hechos de Pedro). Sin embargo, en las Pseudoclementinas, de tendencia judeocristiana, Pablo es “el enemigo”.

Los relatos estudiados en el capítulo precedente reflejan el debate que suscitó la figura de Pablo y su doctrina en el siglo II, aunque la mayoría de ellos tiene una visión positiva. El capítulo quinto recupera otras voces del antipaulinismo. La oposición a Pablo comenzó ya en su propia vida y nunca dejó de existir. Junto a las Pseudoclementinas y a la Carta de Santiago, hay que situar el Evangelio de Mateo, en el que hay vestigios de una polémica antipaulina, así como una serie de autores (Hege-sipo, Papiás o Justino) y de escritos (Pastor de Hermas, Epístola de Bernabé, Segunda Carta de Clemente, Carta a Diogneto) del siglo II que no citan nunca las cartas de Pablo aunque es probable que las conocieran. La mayoría no se opone a Pablo y algunos incluso, como Justino, utilizan sus argumentos, pero es evidente que su actitud hacia él es muy diferente a la que encontramos en los Hechos apócrifos o en las cartas pseudoepigráficas.

La clave para comprender el silencio de estos autores y las diversas visiones que aparecen en los escritos del siglo II examinados en los capítulos precedentes hay que buscarla en la polémica suscitada por la interpretación de la figura de Pablo y de sus cartas, que se estudia en el sexto y último capítulo del libro. A comienzos del siglo II Pablo se había convertido ya en un objeto de interpretación y, como ocurrió con otros escritos y tradiciones, fueron los “herejes”, mejor formados y más dotados para la especulación teológica, quienes comenzaron esta actividad hermenéutica. Entre ellos destaca la figura de Marción, representante de un paulinismo radical, pero no hay que olvidar a los círculos gnósticos. Frente a ellos se sitúa Ireneo, que integró a Pablo y sus cartas en la gran Iglesia al recuperar el relato de Hechos como marco para leerlas.

El libro de Pervo se cierra con una conclusión que sintetiza el proceso seguido. En el origen del mismo encontramos unos escritos ocasionales, a veces imprecisos y oscuros, que suscitaron un debate. Los textos postpaulinos, cuando se examinan con detalle, muestran la fragilidad de esta herencia y los problemas que generó su transmisión. A mediados del siglo II nos encontramos con diversas imágenes de Pablo que dieron lugar a importantes conflictos hasta que el relato de Hechos se convirtió en la visión normativa y la herencia de Pablo pasó a la gran iglesia.

El texto ha sido aliviado de las notas a pie de página, que se encuentran al final del libro, precedidas por un apéndice sobre “el árbol genealógico de Pablo” en el que se ofrece una visión de conjunto de los escritos estudiados y su posición con respecto al apóstol, además de una amplia bibliografía.

En la cuarta de cubierta, Gerd Lüdemann señala que esta monografía es “una verdadera obra maestra”. No se trata sólo de un reclamo publicitario. Pervo conoce muy bien los estudios sobre la recepción de Pablo en la primitiva iglesia y los utiliza

constantemente definiendo su posición con respecto a ellos. Su estudio presenta un mapa detallado del paulinismo y antipaulinismo temprano y ofrece una excelente introducción a buena parte de la literatura cristiana antigua. Aunque algunas de las opciones que el autor toma a hora de caracterizar o contextualizar los diversos escritos que estudia son discutibles, la obra está sólidamente construida y la tesis que propone está bien argumentada. El influjo de la figura de Pablo en la historia del Cristianismo ha sido enorme y por ello el estudio riguroso del proceso a través del cual se fueron elaborando las primeras imágenes sobre él, así como de la forma en que una de ellas pasó a formar parte del imaginario cristiano, es una tarea imprescindible para cada generación. La nuestra tendrá que agradecerle a Richard Pervo que haya escrito este libro.

Santiago Guijarro Oporto – Universidad Pontificia. Compañía 5. E-37002 Salamanca

---

Filippo BELLI, *Argumentation and Use of Scripture in Romans 9-11* (Preface of Jean Noël Aletti) (Analecta Biblica 183; Gregorian & Biblical Press, Roma 2010) 477 pp. ISBN: 978-88-7653-183-5. € 35,00

F. Belli's study delineates the role that Scripture plays in Rom 9-11 understood within the context of Greco-Roman rhetorical theory. Such studies are hardly unprecedented. J. R. Wagner (*Heralds of the Good News: Isaiah and Paul in Concert in the Letter to the Romans* [NovTSupp 101; Leiden: Brill, 2002]) treated at length the role of Isaiah in these chapters, and J. D. Kim (*God, Israel, and the Gentiles: Rhetoric and Situation in Romans 9-11* [SBLDS 176; Atlanta: Society of Biblical Literature, 2000]) published the first analysis of Romans 9-11 from the standpoint of ancient rhetoric (emphasizing stasis theory). What distinguishes Belli's work from its predecessors is its comprehensiveness in scope along with an impressive bibliography of English, German, French, Spanish, and Italian literature. For Belli, Paul's thought derives from "the novelty of the Christian event" (16): God's grace manifested in Christ is the key to unlocking the apostle's use of Scripture. Belli partitions Rom 9-11 into 9:6-29, 9:30-10:21, and 11:1-32. He then devotes three chapters to the composition of each subdivision, three chapters to identifying Scriptural citations in each subsection, and, finally, three chapters to the role of those Scripture texts in the respective subdivision. Belli is especially indebted to the work of Jean Noël Aletti, who, fittingly, authored the preface.

Belli does not provide an introduction identifying his methodology. His methodology must be determined through its application. In the three chapters on composition, Belli identifies repetition of vocabulary and stylistic shifts as clues to the rhetorical subunits of each section. He observes numerous chiasmic patterns (e.g., 24-25, 141, 331) but, surprisingly, does not reference the critiques of the methodology (or lack thereof) for identifying chiasms (e.g., S. E. Porter and J. T. Reed, "Philippians as